



La Dra. Bózzoli también trabaja activamente en la conservación de los recursos naturales.

Escudriñadora de culturas

A

cogerse a la jubilación, en 1988, no fue para ella una ruptura violenta pues sigue asida a la Universidad de Costa Rica, institución donde -según dice- adquirió vida y sentido su carrera.

Pero quizá extrañe la hospitalidad de los borucas, las conversaciones con los indígenas de Salitre, y los viajes hasta Guatuso y Talamanca.

Con todo y sus bemoles, las caminatas por la montaña, el lodo hasta las rodillas y los recorridos a caballo también dejaron en ella un indescriptible sabor a añoranza.

Como antropóloga, la Dra. María Eugenia Bózzoli Vargas, asumió muy en serio su compromiso con la documentación de las culturas. "Había que descubrir las y darlas a conocer pues hasta entonces, existía en América Latina una marcada tendencia a resaltar lo

arqueológico, pero no había mucha gente preparada para estudiar las culturas vivientes", explica la investigadora, originaria de San Marcos de Tarrazú.

Siempre la apasionaron las ciencias sociales, por lo que no dudó en partir hacia la Universidad de Kansas, en Estados Unidos, cuando el Centro Cultural Costarricense Norteamericano le concedió una beca en 1952.

"Me encantó el enfoque universalista de la antropología, la diversidad cultural que hay en el mundo", relata, mientras explica las razones que la llevaron a optar por esa profesión.

Dinámica antropóloga

En abierta contradicción con su voz suave y pausada, en esta mujer de 53 años se encierra una personalidad enérgica y tenaz gracias a la cual ha escalado con éxito cantidad de posiciones.

Aparte de la docencia -25 años en la escuela de Antropología y Sociología de la Universidad de Costa Rica (UCR)- dirigió el departamento de Ciencias del Hombre de la antigua Facultad de Ciencias y Letras, fue vicerrectora de Acción Social de la UCR de 1976 a 1981, y miembro del Consejo Universitario de esa institución durante cuatro años -en 1987 ocupó su dirección-.

Paralelamente, realizaba giras a las reservas aborígenes nacionales a las que se "escapaba" cada vez que se lo permitían sus múltiples tareas.

"Como estaba casada y tenía hijos, no podía irme a vivir con los indígenas pero me iba tres o cuatro días y, a veces, una semana. Mi esposo, que es científico, fue siempre muy comprensivo. Sabía que los dos estábamos trabajando de distinta manera por la ciencia", asevera.

"En los 60 y 70, Boruca, Salitre, Quinaquichá, Guatuso y Talamanca eran muy inaccesibles. Yo llegaba en autobús o algún jeep al pueblo más cercano y de ahí seguía a pie hasta la reserva. Una vez, de Limón a Amugre, caminé 12 horas seguidas". Siempre llevaba consigo botas y pantalones, energía para braccar fuerte en los ríos, y buen humor para tolerar pacientemente las montañas de barro que encontraba a su paso.

Recuerda también una dolorosa picadura de papalomoyo cuya cicatriz conserva en la mano izquierda, así como la peculiar manera de pasar la noche: en el piso de alguna casa indígena o escuela de la zona.

Tantas incomodidades tenían como propósito estudiar la organización social y las formas económicas y de parentesco imperantes en cada comunidad.

Para ello, se valía de la simple pero reveladora técnica de la conversación. Grababa las pláticas -tanto en español como en bribri- y luego transcribía y analizaba la información.

Quizá lo más valioso de su trabajo es que está al alcance de quienes deseen consultarlo: dos libros sobre indígenas en Costa Rica, cantidad de artículos en revistas especializadas, y el enriquecido laboratorio de etnología de la UCR son recipientes de esos resultados.

Hoy, su trabajo es sustancialmente distinto. Por un lado, evalúa los proyectos que financia la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica. Por otro, coordina un estudio sobre las fundaciones en Centroamérica, en la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

Mas sigue marcándola la huella de su fructífero dinamismo.

Foto José Rivera

Larissa Minsky A.